

Romper el tedio en busca de nuevos relatos: una interpelación a las ciencias sociales

Martín Hopenhayn

Santiago, Chile.

Email: martin.hopenhayn@gmail.com

Resumen: La ritualización de las ciencias sociales en el mundo académico impone una dinámica de producción de conocimientos de especialización y rigidez progresivas. Esto hace difícil crear nuevos relatos emancipatorios, vale decir, proveer horizontes de sentido que ayuden a inscribir las acciones de actores políticos y sociales en estrategias de profundización democrática, sostenibilidad ambiental, igualdad social y mejor convivencia en la diversidad. Por otro lado, fuera de la academia, en el mundo de las redes y de organizaciones de diverso tipo, se produce mucho conocimiento social liberado del ritualismo academicista, y con potencialidad para concurrir en nuevos relatos movilizados en torno a un imaginario global de derechos civiles, políticos, sociales, culturales y de solidaridad intergeneracional.

Palabras clave: Ciencias sociales, Ritualismo académico, Relatos emancipatorios, Construcción social de conocimiento.

Breaking the boredom in search for new narrations: an interpellation to the social sciences

Abstract: The ritualization of social sciences in the academic world imposes a dynamic of knowledge production of progressive specialization and stiffness. This makes it difficult to create new emancipatory narrations, namely, providing horizons of meaning that can help embodying the actions of political and social actors in the deepening of democratic strategies, environmental sustainability, social equality and better coexistence in diversity. On the other hand, out of the academy, in the world of networks and organizations of various kinds, much social knowledge freed from academic ritualism occurs, and with the potential to concur in new mobilizing narrations referring to a global imaginary on civil political, social, cultural and intergenerational solidarity rights.

Keywords: Social Sciences, academic ritualism, emancipatory narrations, social construction of knowledge.

Quebrar o tédio na procura de novos relatos: uma interpelação às ciências sociais

Resumo: A ritualização das ciências sociais no meio acadêmico impõe uma dinâmica de produção de conhecimentos de especialização e rigidez progressiva. Isso torna difícil criar novos relatos emancipatórios, ou seja, proporcionar horizontes de sentido que ajudem a registrar as ações de atores políticos e sociais em

estratégias de aprofundamentodemocrático, sustentabilidade ambiental, igualdade social e melhor convivência na diversidade. Por outro lado, fora da academia, no mundo das redes e organizações de vários tipos, ocorre muito conhecimento social liberado do ritualismo acadêmico, e com o potencial de competir em novos relatos mobilizadores em torno a um imaginário global dos direitos civis, políticos, sociais, culturais e de solidariedade intergeracional.

Palavras-chave: Ciências Sociais, Ritualismo acadêmico, Relatos emancipatórios, Construção social do conhecimento.

* * *

Sobre las prácticas: entre la ritualización y su rebasamiento

La ritualización de las ciencias sociales en las formas ya consagradas de promoción académica no ayuda a que grandes ideas se gesten desde el claustro. La ilusión -o el complejo- de las ciencias sociales que ha llevado a tomar prestados los criterios de producción de saberes de las ciencias “duras” supone que el conocimiento social, y sobre todo las ideas al interior de las disciplinas y en quienes las ejercen, avanza en una lógica de frontera: una mecánica de agregación en que cada cual debe sumar un ladrillo puntual a un edificio de ladrillos compuesto a su vez por el estado del arte. Este estado del arte se vuelve cada vez más profuso e inabordable porque crece con la misma lógica de sumatorias de información marginal a la edificación del conocimiento, en una fase histórica en que el ritmo de agregación de conocimiento se multiplica exponencialmente.

Visto desde fuera no parece interesante invertir tanta energía intelectual en rendir tributo a este estado del arte, para luego proponer un proyecto cuyo financiamiento o premiación o publicación dependerá a su vez de que se respete esta misma ritualidad. La cantidad de energía invertida en este Otro que opera como autoridad contrasta, por lo general, con supuestos contenidos emancipatorios o democratizadores del conocimiento que se quiere producir. Gran parte de las horas de trabajo se esterilizan con todo lo que acompaña a la promoción o supervivencia académica: parsimonia, simulacro, relaciones de influencia, “carrera profesional”, rendición de cuentas, ajuste de contenidos según metas y objetivos e indicadores, gestión y evaluaciones de proyectos, confección de bibliografías que dejen a todos contentos, construcción de verosímiles, y suma y sigue. Insisto en que todo esto resulta poco auspicioso respecto del futuro de las ciencias sociales en América Latina, como en el resto del mundo, si de su comunidad se esperan nuevos relatos, utopías y paradigmas. El formato en que ha sido encapsulada la práctica creativa y práctica del conocimiento provee reglas claras (aunque igual se burlan) y textos que en general a nadie sorprenden (y casi nadie los lee de corrido). ¿Cuántas ideas interesantes, sugerentes, inauguradoras de *epistemes* nuevas o capaces de fecundar nuevas cosmovisiones ofrece hoy la ciencia social a la comunidad tanto académica como de intelectuales, comunicadores, políticos y actores? Pocas.

Me parece importante, en suma, relevante alertar sobre los riesgos de las prácticas instituidas en el ejercicio de las ciencias sociales, y sobre las consecuencias esterilizadoras que incuban los criterios de homologación de esas mismas prácticas. Y sin embargo, resulta difícil escapar a ellos si nos hemos propuesto potenciar el trabajo de unos con otros, traducir cantidad en calidad a medida que crece la comunidad de pares, “estandarizar para sumar”, sentar reglas comunes de competencia para potenciar las sinergias de la meritocracia. La racionalización de las prácticas parece ineludible si construimos el conocimiento sobre la base de contribuciones múltiples, reticulares, a la vez locales pero concurrentes en un *corpus* común. La simultaneidad de la fuerza centrífuga en la ampliación de temas y especializaciones, y de fuerza centrípeta en la agregación de información dispersa en torno a temas comunes, requiere entonces de aquella racionalización. ¿Hay otra que no sea la que hoy rige? No lo sabemos, y no lo sabremos. Por una razón muy simple: sería una deseconomía brutal desandar lo andado en el canon del procedimiento al que ya tantos han adherido, y por el cual a tanto ya se ha renunciado.

Cierto que los medios condicionan los fines, y la máquina de producción del conocimiento adquiere autonomía relativa mientras los sujetos que se someten a sus dictámenes renuncian progresivamente a su autonomía. Pero esto no cierra del todo los márgenes. La lógica de frontera con que hoy opera la ciencia social en el mundo de la investigación académica, si bien confina a márgenes reducidos la contribución individual, muchas veces torna banal dicha contribución y la sumerge en la indiferencia ritual de sus pares, puede generar un tipo de excepcionalidad que sería imposible encontrar en el ensayismo social o bien en las ciencias sociales en un contexto extra-académico. Esta excepcionalidad estaría dada por una feliz alquimia del aporte personal con el “cimiento acumulado”. Para quien tiene la creatividad reservada al momento en que se ciñe por sobre el estado del arte pero habiéndolo atravesado, le tocará la posibilidad de un acierto de enorme legitimidad y, posiblemente, habrá pasado todas las pruebas de consistencia necesarias para la aclamación de la comunidad de pares y proyectarse hacia otras audiencias.

Por otra parte, la fatiga o el tedio generalizados, una vez que el procedimiento ha mostrado con elocuencia su efecto colateral hacia la esterilidad genera, en contrapartida, movimientos de resistencia o líneas de fuga. Esto acontece de manera paródica o agonística en quienes burlan los rituales dejándolos en ridículo (por ejemplo, llegando a publicar en revistas indexadas textos que luego los propios autores declaran que carecen de todo sentido y no son más que parodias). También se da, de manera excepcional, que la evidencia de esterilidad, o del imperio de lo igual (en sentido negativo, como pérdida de originalidad o de innovación en ideas), en un marco de competencia entre instituciones académicas, lleva a algunas de ellas a buscar un “plus” que las desmarque. Para ello, por ejemplo, convocan y contratan grupos especiales de expertos o intelectuales, y los congregan con mucha libertad para pensar con más osadía y vuelo, capitalizando a discreción pedazos del saber acumulado

sin tener que perder energía en los rituales de legitimación propios del claustro.

Más significativa es la expansión de la ciencia social fuera de los muros de la academia. Hoy se hace teoría y reflexión social organizada en el mundo político, empresarial, de secretarías públicas, de organismos internacionales, de grandes emporios mediáticos, de organismos no gubernamentales y de periodismo de investigación. El *corpus* de conocimiento se alimenta en/de redes a través de sistemas colectivos de producción y corrección de información, con muchas avenidas para generar información y también para transformar esa información en conocimiento. El conocimiento producido se pliega a la contingencia pero luego la rebasa para explicar otros fenómenos y nuevos acontecimientos, a la vez que se actualiza sin pausa. La relación conocimiento-intervención, así como la relación información-reflexividad, se recrea todo el tiempo en este enjambre de múltiples agentes en la conversación virtual. Giros coloquiales adquieren celebridad emblemática y son reapropiados por los expertos como nuevos conceptos explicativos.

Por lo mismo, los cauces y sujetos productores de teoría y análisis de la sociedad rebasan el universo ritual de la academia. Esta densa malla de actores emergentes ostenta mayor plasticidad y dinamismo, emplazando a la comunidad “científica” a repensar su lugar. Frente a lo cual la academia puede reaccionar absorbiendo nuevas prácticas y contenidos que provee la vida en la polis, o reaccionar defensivamente a esta proliferación reticular de fuentes de producción de conocimiento. Cuando ocurre lo segundo, las facultades de ciencias sociales se vuelven refractarias a la generación “ordinaria” de conocimiento social, replegándose sobre sus tediosos rituales de legitimación y cuidando que su producción sea lo suficientemente difícil de entender como para no ser contaminada ni “leída con frivolidad”. Sea que se sumerge en lenguajes herméticos, marcando de modo tajante la separación entre doctos y doxa, entre el debate público y la investigación teórica. Sea que se ancla en las formas más sofisticadas del positivismo, con metodologías cuantitativas de alto refinamiento y de acceso restringido. Sea que reformula lo obvio o lo tautológico en narrativas muy formalizadas que confunden más de lo que aclaran.

Sobre contenidos y apropiación

La pregunta que se desprende de la disquisición previa es si acaso existe una relación determinante, o condicionante, entre los modos de producción de conocimiento en las ciencias sociales y su agenda de contenidos y propósitos. Tal vez la haya pero no es evidente el vínculo ni la dirección que adquiere. Nada induce a pensar que el ritualismo de la legitimación del conocimiento académico conduce a contenidos reaccionarios o progresistas, sesgos elitistas o populistas en las propuestas, afinidad o distancia con agendas que procuran la profundización de la democracia, el avance a sociedades más igualitarias y la defensa del medio ambiente desde una

ecología profunda. Por otra parte, en el mundo anglosajón la vida académica hace converger el ritualismo de los procedimientos de investigaciones con la internalización de la corrección política. El disciplinamiento en la vida cotidiana del docente o investigador social se nutre de estos dos mandatos: las reglas de la competencia académica y la moral de lo políticamente correcto. Ambos mandatos se expanden hacia la periferia, incluida la latinoamericana.

Fuera del mundo académico, en el referido multi-agencialismo de la sociedad de la información, los contenidos y propósitos no tienen un signo claro. Los apologetas que ven un nexo entre tecnología y sus usos, avizoran la permeabilidad positiva de la sociedad civil a las redes donde se difunde un cierto imaginario global en que hoy es anatema la violencia y el autoritarismo, es *sine qua non* la democracia política, las libertades civiles, el valor positivo y central de la sustentabilidad ambiental, y es promovido el respeto a las identidades grupales, a los derechos sociales y culturales, y a las diferencias en el campo del deseo. Puede que las sociedades se hagan más pluralistas cuando la comunicación y la información se desatan en múltiples direcciones; y el conocimiento social, o la reflexividad con que la sociedad metaboliza la información, avanzarían junto a la internalización de estos metavalores. Por supuesto, en la red hay de todo, incluidos los grupos fascistas, xenofóbicos, sadomasoquistas y racistas, el bulling, las falsas alarmas, el espionaje, entre otros. Pero quiero pensar que la dinámica en espiral hacia fuera y hacia dentro en esta vorágine parece inclinarse más hacia la resistencia contra este tipo de pensamiento que a su adhesión. O más bien: los mismos deshechos y basuras en estos contenidos antidemocráticos y de violación del respeto de las personas terminan sensibilizando a muchos para bloquearlos o denunciarlos. El mundo va haciendo más abierto y más crítico, más plural y más reflexivo, a medida que se multiplican las voces y se “viraliza” la indignación pública ante abusos y atropellos.

No obstante, hasta ahora pareciera que una frontera poco permeable se impone entre esta porosidad con que la información y la reflexividad avanzan en el tejido social, y las agendas de cambios emancipatorios desde la política. Ritmos muy dispares se muestran entre la producción reticular de conocimientos y su apropiación y uso por parte de los Estados, los partidos, los gobiernos. Para muchos asistimos a una disociación cuasi esquizoide entre la agenda de los poderes fácticos, por un lado y, por el otro, la producción y difusión de conocimiento sobre la sociedad, desde la sociedad y para la sociedad.

En este escenario contradictorio, ¿cuál es el desafío de las ciencias sociales para potenciar, mediante la producción y difusión de conocimiento, energías emancipatorias en lo social, lo cultural y lo político?¹

Responder a ello implica plantearse agendas tanto en el campo de la producción de conocimiento como en las prácticas y articulaciones en ese mismo campo. Es cuestión de contenidos, de procesos y de potencial de apropiación de lo que se produce y propone.

Una fisura que no termina de cerrar del todo es la melancolía por los metarrelatos perdidos (el “Otro equivalente” en jerga psicoanalítica). Esto afecta también a las ciencias sociales latinoamericanas, que a ratos recaen en la letanía del “buen tiempo pasado” en que el intelectual leía y dictaba la épica de la historia. Tal evocación plantea o supone que estas ciencias se consolidaron a mediados de siglo veinte en las universidades públicas y organismos de planificación y desarrollo en la región en una combinación de espíritu iluminista, tecnocrático y modernizador. La idea era, desde la ciencia social, dar las luces para el tránsito de sociedades tradicionales a modernas, del mito al logos, del ensayismo a las interpretaciones científicas de la realidad, de la dominación a la emancipación, de la dependencia externa al desarrollo endógeno. Bajo esta égida las tareas titánicas fueron crear universidad, instituir el saber académico y legitimarlo hacia adentro y hacia fuera, articular la producción de conocimiento con la transformación de estructuras sociales, políticas y económicas, en fin, encarnar la saga del saber actuante, de la ciencia comprometida y de la plena encarnación de la razón en la historia.

Este imaginario respecto del rol protagónico de las ciencias sociales en la épica emancipatoria o en el vértigo de la modernidad-modernización se rompió desde múltiples flancos: cambio en el paradigma de desarrollo, desprestigio del socialismo real, intervención autoritaria a las universidades y centros de producción de conocimientos, impugnación a toda pretensión iluminista de las ciencias sociales, triunfo epistemológico del positivismo más cuantitativo, consolidación de tecnocracias profesionalizadas pero atomizadas, descentramiento en la producción de información y en los sujetos de transformación histórica. Lo que ayer podía revestirse del aura de “luces para el gran cambio social” hoy se descalifica como megalomanía de la teoría o mera ideología. El lugar del científico social quedó lejos del púlpito secular.

El abandono de las luces no produjo, sin embargo, la desertificación, sino la proliferación de nuevos campos temáticos y formas de entender la relación saber-poder, saber-utopía, saber-emancipación, y muy especialmente nuevas maneras de concebir la dialéctica entre democratización del saber y saber de la democratización (hoy con el ícono de wikipedia ilustrando el nuevo hit: la producción colectiva de conocimiento para un conocimiento que moviliza colectivamente). Se desplazó el eje de preocupaciones hacia temas emergentes que ganaron protagonismo en el teatro de la libertad y la igualdad, y que pusieron en marcha el “aggiornamento” del humanismo moderno, incluso incorporando la crítica existencialista, post-estructuralista y postmoderna a dicho humanismo. Entre los tópicos que ganaran centralidad destacan las relaciones de género, los conflictos de identidades, los “saberes otros” de los “sujetos otros” (epistemes y subjetividades colectivas), la profundización de las relaciones democráticas, la nueva agenda de la igualdad, la sostenibilidad ambiental, la paz mundial en un orden post-bloques, la reconceptualización de la izquierda y las posibilidades liberadoras de las nuevas tecnologías.

Qué hacer: el clamor por nuevos relatos

Las consideraciones precedentes llevan a plantear la pregunta sobre la posible agenda “emancipatoria” de las ciencias sociales latinoamericanas en el registro combinado de sus procedimientos, soportes, rutinas y contenidos.

En cuanto a las prácticas teóricas, creo que hay que abrirlas o poner los mecanismos de legitimación en otros ejes. No es casual que el clamor por la falta de relatos hoy se ha convertido en demanda frecuente: interpela críticamente la parcelación excesiva de los objetos de investigación y reflexión, como también las lógicas de frontera en que el objeto es siempre un pequeño ladrillo a agregar sobre la edificación construida (entiéndase estado del arte). Convive la sensación extendida de pobreza en relatos en un momento en que la producción de conocimientos se expande a ritmos inéditos en la historia. Conocemos los impresionantes índices que sugieren que dicha producción duplica en tiempos cada vez más cortos el stock acumulado de conocimiento en toda la historia precedente. Y sin embargo, ¿faltan relatos?

¿Qué significa esto? ¿Por qué esta demanda de “relatos”? Esta solicitud no proviene del sistema codificado de promoción académica ni de las comisiones que asignan fondos a proyectos de investigación. Emerge desde un campo de intersección entre la política, lo político y la producción de conocimientos. Y pide varias cosas al mismo tiempo.

Primero pide desplazar el énfasis desde la especialización hacia la integración, sea de disciplinas o de conocimientos. El relato integra, recoge, acoge y pone en relación de manera creativa, o sugerente, una dispersión de conocimientos que han avanzando en distintos campos de investigación. La integración no es solo un desafío metodológico o epistemológico, sino sobre todo de narrativa. Se le pide a las ciencias sociales una torsión alquímica para “cuajar” un amplio haz de unidades informativas, o de piezas de conocimiento, en una *visión*. Esto puede ser también parte de la lógica de frontera, pero donde el “paso adicional” va por el carril de la posta de los relatos, y no de la acumulación de *bits* o unidades de saber. No se trata de iluminar una celda hasta ahora privada de luz, sino de tomar perspectiva más amplia e iluminar un conjunto de conexiones entre celdas con una luz distinta. Integrar es también narrar de otra manera.

Lo segundo que se pide al relato es proveer un marco para la acción emancipatoria. En cierta forma el relato es una utopía, por cuanto traza un marco explicativo y un marco teleológico, vale decir, una orientación que vincula la inteligibilidad de la contingencia con el curso de la historia deseable hacia adelante.

El clamor por el relato, o la queja de su ausencia, acusa el hiato entre la producción de conocimientos y la intervención sobre la realidad. Pero no cualquier hiato, porque hoy hay mucho flujo entre conocimiento e interven-

ción. Sin embargo, en ese flujo actual predominan la forma de la razón administrativa o tecnocrática, la profesionalización de la política y de las políticas, la especialización que aborda parcelas acotadas de la realidad social. El relato, tal cual se reclama, tiene que articular una serie vasta y dispersa de conocimientos de manera tal de producir un continuum entre ética, estrategia, acciones y estilos de intervención. Y hacerlo a tono con los tiempos: al modo abierto, incompleto, perfectible.

En tercer lugar se le pide al relato una jerarquización de fines en la agenda emancipatoria. No a la manera de una taxonomía de lo deseable o de un “*shopping list*” de tareas por llevar a cabo. Eso ya se ha hecho, y está demasiado ritualizado (véanse las insomnes declaraciones y planes de acción de las cumbres internacionales, entre otros). El desafío viene dado porque hoy la emancipación se desglosa en fines múltiples, por lo que el relato no puede tener el eje único (como la lucha de clases) en que todo se articula. Identidad y diferencia, igualdad, sostenibilidad, democracia, y varios otros aparecen en seguida como valores ideales o componentes sustantivos de la agenda. ¿Cómo enhebrarlos, jerarquizarlos, secuenciarlos en una visión estratégica? Esto también se le pide al relato. Y una vez más, no de manera rígida y definitiva sino como carta de navegación que luego tendrá que ir haciéndose camino al andar.

Por último, el relato debe tener una carga empática y movilizadora. No basta con poner el conocimiento de manera ordenada en un desarrollo de conceptos bien nutridos con información: hay que seducir con la narrativa, generar una diferencia respecto del mar de fondo de conocimientos a la mano, incorporar una cierta poética de la política, imprimirle a la propuesta un potencial de identificación-en-la-interlocución. Y que al emplazar invite, al plantear entusiasme, logre que sus audiencias se sientan reconocidas como si el relato los reflejara al momento que los convoca. En suma, el relato es un acto de reconocimiento recíproco entre el texto y las audiencias, donde la audiencia atribuye al texto el don de nombrar de una manera distinta, y que a la vez nos reúne como semejantes.

Con semejantes rasgos el supuesto relato no pasa los filtros de los comités de selección y evaluación de proyectos, de los lectores expertos que aprueban artículos en revistas indexadas, de las tecnocracias sectoriales, de los concursos de ensayos literarios o de la competencia electoral. Deberá surgir en una espiral excéntrica, viralizarse en red hasta hacerse icónico, abrirse terreno en la prensa y la industria editorial para luego resonar en la academia, la política, el sistema de cooperación internacional y movimientos sociales.

Para concluir

Ese relato indispensable, movilizador, jerarquizador, integrador: ¿tiene autoría exclusiva o se elabora bajo la nueva práctica de construcción colectiva del conocimiento? ¿Surgirá del corazón del mundo universitario o

de organismos internacionales al estilo de los Informes de Desarrollo Humano de Naciones Unidas? ¿Será extemporáneo plantearse un relato con los rasgos recién enumerados, no es más sensato pensar en una malla de textos, una red de enfoques que vibran en consonancia sin fundirse, una marea de interpelaciones que gatilla a la multitud?

No lo sé. Pero si sé que desde las ciencias sociales la producción de las últimas décadas, dentro y fuera de la academia, abarca una cantidad inconmensurable de información y conocimiento, cuantitativo y cualitativo, micro y macro, agregado y desagregado, muy especializado y también integrado a ratos. Un baile centrífugo de epistemes y prácticas del conocimiento gira, como las finanzas, sin horas de descanso. La ciencia social ha recogido experiencia hasta el cansancio para vincular los diagnósticos con las políticas. Con tanta producción en todas partes y en todas las direcciones parece tarea cada vez inverosímil operar con la lógica del ladrillo adicional, porque la velocidad de expansión del conocimiento hace inalcanzable el dominio del estado del arte. ¿Quieren buena producción de conocimiento respecto de políticas ambientalistas, igualitarias, pacifistas, de identidad? ¡Hay tanto, y se llega tan rápido con un buscador adecuado!

Por lo mismo, no creo que sea cosa de hacernos las “preguntas correctas” en materia de democracia, paz y sostenibilidad. Ya están hechas, y las disputas son más de poder que de conocimiento. Cierto: hay parcelas y encuadres de conocimiento para todos los gustos. ¿Pero hace falta convencer sobre la urgencia de la sustentabilidad, la paz y la democracia? ¿Hay algo nuevo para interrogar respecto del qué o del cómo?

Tal vez sí. En lo personal, sigo pensando como desafío personal en el ámbito de las ciencias sociales, y también de la filosofía y la crítica cultural, re-significar el ser de izquierda hoy y el sentido de la emancipación del sujeto. El relato que logre trazar un horizonte es también, en sí mismo, un horizonte para la reflexión social: acuñar ese relato, o ir siempre acercándose un poco más. Un relato que no dude en echar manos de una profusa caja de herramientas en cuanto a puntos de vista, referentes bibliográficos, experiencias de vida, metodologías. Heterodoxo al extremo. Pero de izquierda. Lo que implica que ese relato en construcción continua procura cambios sociales, culturales, políticos y de la subjetividad afines a idearios de mayor igualdad, mayor apertura a las diferencias, profundización de la democracia tanto procesal como sustancial, y ampliación de las posibilidades de experiencia personal; responsabilidad por el futuro de las próximas generaciones y del equilibrio de este singular planeta lleno de vida y diversidad; y matrimonios cada vez más felices entre nuevas tecnologías y una comunicación más rica y horizontal. Como lo he planteado antes, creo que semejante apuesta camina siempre en el pliegue entre racionalidades y ánimos diversos: entre desborde dionisiaco y configuración apolínea, entre sentido colectivo y singularidades, entre la herencia de la historia y la auto-recreación de sujetos cada vez más plásticos y autónomos, entre el universalismo ético y las sabidurías ancestrales, entre la incesante resistencia al poder y la urgencia por humanizarlo.

Nota

¹ Entiendo de manera general el movimiento emancipatorio como aquél que encarna prácticas de mayor participación y presencia de actores sociales, con formas más democráticas de deliberación y comunicación, y en que la agenda prevista apunta en una o más de las siguientes direcciones: profundización de la democracia política, mayor igualdad social y realización de derechos civiles, sociales y culturales, promoción de políticas de responsabilidad ambiental y de vocación ecológica, empoderamiento de las comunidades, visibilización de los excluidos o los silenciados, promoción de derechos de las minorías, defensa de la paz y el respeto a la diferencia.

* * *

Recibido: 23.07.2015

Aceptado: 15.08.2015